

Durante un mes largo fue capaz de cantar veinte óperas en El Teatro Viejo

El debut de Gayarre en Bilbao

Carlos Bacigalupe

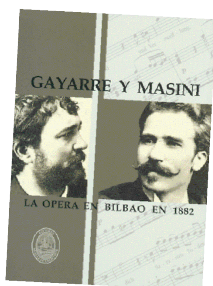
Auspiciado por la Fundación Bilbao 700 y editado por Muelle de Uribitarte, acaba de aparecer en el mercado un libro de no excesiva paginación, un opúsculo si se quiere, titulado *Gayarre y Masini. La ópera en Bilbao en 1882*. La obra es la primera reedición del libro escrito por el guipuzcoano Antonio Peña y Goñi *Arte y patriotismo*. Gayarre y Masini y está prologada por Jesús María Casado Hargpigny, quien también se ha encargado de epilogarla.

Ciertamente, ambos añadidos han contribuido a mejorar el proyecto inicial, porque el autor del librito original no hacía otra cosa sino contraponer la figura de ambos tenores, haciendo crítica de su forma de cantar y de sus disposiciones interpretativas en escena. La editorial bilbaína ha ido más allá, hasta contemplar una interesante panorámica del Bilbao que vivía en 1882, una ciudad de cuarenta mil habitantes, con auténtico fervor cultural. En su prólogo, Casado habla de los teatros con los que contaba la Villa, comenzando por el Teatro Viejo que al poco sería derruido, para continuar con otras salas de menor importancia tales el Teatro Romea, sito en la esquina de las calles de La Laguna y del Gimnasio; del Teatro Circo de la Gran Vía; y luego del Gayarre —qué fama no tendría el roncalés para merecer un teatro a su nombre!—, inaugurado en 1885.

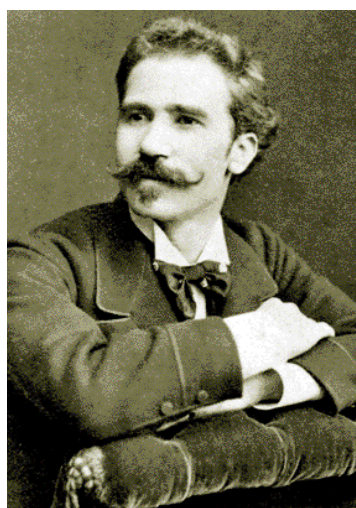
amigo y consejero Pepe Elorrio. Previamente, Enciso se había trasladado con toda urgencia a Orduña para informales de que unas horas atrás don Luciano había expirado víctima de una aguda y rápida enfermedad. Era el 8 de abril de 1882.

Como pago a la honradez que en su momento le mostró el empresario, Julián no sólo cantaría las veinte funciones prometidas en el breve espacio de un mes, sino que vigiló los ensayos y todo lo concerniente a las representaciones, con lo que salvaba los intereses comprometidos de aquella honrada y digna familia. Julio Enciso, por si fuera poco, contaba una anécdota que daba idea de la gallardía y humanidad que siempre acompañaron a Gayarre:

“Su debut fue hijo de las circunstancias, pero tiernísimo. Estábamos concluyendo de almorzar al



Angelo Masini



Julián Gayarre. Foto cedida por Oscar Masini



Antonio Peña y Goñi

Según la obra que nos ocupa, el empresario del Teatro Real, señor Rovira, contrató a Gayarre para la temporada 79-80, y con claras dificultades lo hizo para la siguiente. Como quiera que el tenor no quiso continuar, vino en hacerse con la presencia de Angelo Masini, un artista ya de fama, que cantaba hacia ya cinco años en el Teatro Imperial de San Petersburgo. En Madrid debutó cantando *Hugonotes*, y entusiasmó a un amplio sector del público pero no a todo él, que llegó a calificarle como fanteche.

A este respecto, Peña y Goñi quería distinguir los conceptos de cantante y artista. Es decir, diferenciaba los requisitos indispensables para incorporar un papel, que son la perfección material de la parte cantada y los sentimientos que provoca un personaje. La naturaleza puede dar lo primero, pero lo segundo es fruto de una labor individual en la que intervienen el talento, el carácter, la cultura y otras circunstancias.

“¿Habrá necesidad de demostrar que entre la voz de Gayarre y la voz de Masini no hay comparación posible? No. Como belleza intrínseca, como volumen, como igualdad e intensidad de timbre, la voz de Gayarre aventaja, con mucho a la de Masini. La de éste es, desde luego, más flexible, más castigada, y se plegará con mucha más facilidad y brillantez que la de nuestro compatriota a las filigranas de la *fioritura*, a los juegos de la vocalización; pero nunca podrá alcanzar, ni aun de lejos, la expresión dramática que la robustez del volumen y el calor del timbre prestan naturalmente y sin esfuerzo alguno al órgano vocal de Gayarre, ni la gradación de matices y medias tintas que ofrecen al cantante navarro su mecanismo admirable, su maestría y facilidad en el uso de los registros y hasta sus facultades físicas”.

Decía, en definitiva, que Gayarre era mejor cantante pero peor artista. “Por mí si me dieran a elegir entre los dos, me quedaría sin ninguno; pero si apretase la necesidad elegiría, desde luego a Gayarre. La frialdad e indiferencia lamentables de éste extrañan y acaban por irritar; pero el vaivén vertiginoso, el bulle bulle continuo y sobre todo las genialidades de mal gusto de Masini marean y acaban por exasperar”.

Habla Casado de la sencillez que adornaba cada acción del roncalés, cómo regaló a su pueblo unas escuelas públicas y un frontón en el que jugaba frecuentemente con su amigo el Chiquito de Eibar. De filiación republicana y liberal, manifestaba una abierta simpatía por todo lo vascongado, empezando por su lengua, que le llevaba a cantar el *Gernikako arbola* en numerosas ocasiones, una vez finalizada cada actuación.

En resumen, un librito interesante, de lectura fácil y atrayente. Tercera entrega de Editores Muelle de Uribitarte, después de presentar en años anteriores *La Pastelería y La cocina bilbaína de 1925*. Un estupendo agualdo en el tiempo de la Navidad.

Se reedita el libro de Antonio Peña y Goñi que analiza las características artísticas del tenor navarro y de su rival Masini

El debut de un tenor

A fines de 1881, el empresario teatral bilbaino don Luciano de Urizar, se empenó en que Julián cantara en el viejo teatro arenalino. Conociendo la amistad que unía al navarro con Julio Enciso —cronista de la guerra carlista, escribano del Juzgado de Primera Instancia de Bilbao, y biógrafo del cantante— se empenó en que le acompañara a Barcelona por ver que la idea se hiciera efectiva. “No sé si le convalida a usted mi proposición —comenzó explicando al artista—, pero por dentro me atrevo a ofrecerle veinte funciones a mil duros cada una. Y como la mejor escritura es pagar, ahí tiene usted en letras sobre esta plaza los veinte mil duros adelantados”. Gayarre se asombró ante el gesto del hombre. Pero no era el navarro un especulador que podía aceptar tales condiciones, pues tamaño cantidad no se la cobraba a otros. Contratado como estaba para cantar en Palma de Mallorca, al despedirse de Urizar prometió verse con él cuando comenzara la temporada. “No hablaré. Tengo palabra de rey”, aseguró.

Llegado el día, Gayarre comparecía en la estación del Norte acompañado de su incondicional

día siguiente de su llegada, y en aquella hora debía verificarse el entierro del señor Urizar, al que había acudido el todo Bilbao, pues era don Luciano sumamente querido y bien relacionado en la invicta villa.

—¿Tienes en casa el *Aria di Chiesa* de Stradella?— me dijo Gayarre de pronto.

—Sí.

—Dámela.

Se la di y echó a correr a la iglesia de San Nicolás; subió al coro y cantó aquella bellísima melodía ante el público bilbaino, que por primera vez escuchaba la voz del gran tenor.

—He querido tributar esa pequeña muestra de cariño al buen amigo don Luciano— me dijo luego”.

La campaña de Gayarre se extendió durante más de un mes, entre el 9 de abril y el 16 de mayo, y en su transcurso fue capaz de cantar veinte óperas, defendiendo como propios los intereses de la empresa y aun consiguiendo para ésta, a pesar del crecidísimo presupuesto, notables beneficios.

Gayarre y Masini

Antonio Peña y Goñi, fue crítico y compositor nacido en San Sebastián el 2 de noviembre de 1846.